

Lunes, 23 de septiembre de 2019

“¡Pongamos atento el oído, pues Dios nos habla al corazón!”

Esd 1,1-6 Se pusieron en marcha para edificar la casa de Dios.

Sal 125,1-6 Haznos volver Señor a tu amor.

Lc 8,16-18 La luz se pone en candelero para que se vea.

Hoy nuestro mundo vive esclavo del pecado, del egoísmo, de la soberbia. Hemos dejado de lado al Dios que nos ama, por otros amores que nos dejan el corazón vacío. Vivimos sin Dios, sin fe, sin esperanza, sin un motivo que nos impulse a entregar la vida por los demás. Y Dios, nuestro Dios, quiere que volvamos a edificar de nuevo su casa, la que con tanto amor ha ido edificando en cada persona. Quiere vivir con nosotros, participando de nuestra historia, para colmarnos de gracias y bendiciones.

Nos ha iluminado con la luz de su Palabra, y su deseo es que esa luz la pongamos a la vista en nuestras vidas, para que ilumine a los que andan perdidos, sin conocer la Palabra; por tanto, sin fe, sin esperanza, sin un motivo firme por el que vivir.

Dios nos quiere a su lado, no como esclavos, sino como hijos. Como esos hijos que escuchan la palabra, la voz del Padre, le comprenden y se ponen en marcha para que otros muchos puedan gozar de su presencia y de su amor.

Necesitamos reconocer que, lejos de Dios, nuestras vidas están vacías. Necesitamos de nuevo oír la voz de la llamada y volver al amor primero, ese amor que un día nos sedujo, nos enamoró, nos llenó de risas el corazón.

Dios, con entrañas de misericordia, llama a todo hombre que se abre a su amor, bien sea creyente o no lo sea. Ciro no lo tenía por su Dios, pero se dejó guiar por su Espíritu e hizo lo que Dios le decía por medio del profeta Jeremías. Pidámosle que nos haga volver a su amor, a la escucha de su Palabra, a ser de su pueblo, de sus amigos.

Sábado, 28 de septiembre de 2019

“¡Oíd la Palabra y anunciadla! Y se alegrará vuestro corazón”

Za 2,5-9 Yo seré para Jerusalén muralla de fuego.

Sal Jer 31,10-13 Oíd a Dios y seréis como huerto regado.

Lc 9,43b-45 El Hijo de hombre va a ser entregado.

El amor siempre engrandece a las personas y cuando se entrega, cuando todo lo que espera y recibe lo da, se manifiesta. Hoy, Jesús nos habla de un amor entregado, hecho pedazos para que nosotros entendamos y comprendamos hasta dónde llega.

Nos gusta creer en un Jesús maravilloso, que todo lo hace bien, que obra milagros; pero nos cuesta entender a este otro Jesús, que se da como trigo enterrado, para que nosotros podamos vivir, podamos comprender el valor con el que hemos sido rescatados.

Cada día, Dios mide el alcance de nuestro amor, no para reprocharnos nada, sino, más bien, para animarnos y alentarnos a seguir el mismo camino de Jesús. Prueba nuestro amor en el sufrimiento, en la obediencia, en ternura... de nuestras actitudes. Él es nuestra fortaleza, la muralla que nos rodea, nos salva, y no nos deja olvidados ante las dificultades de la vida.

Jesús, en el huerto de los Olivos, exclama con angustia: **Padre, ¿por qué me has abandonado?...** Y aún en esa angustia, cree, confía, se arriesga a dar la vida, porque sabe que Dios nunca abandona, nunca nos olvida, no nos deja solos. Nos lleva tatuados en su corazón, nos ama con locura, somos tan importantes para Él, que deja su cielo para bajar a la tierra y devolvernos la dignidad de hijos de Dios.

Hoy necesitamos escuchar la Palabra de Dios. Esa palabra que cae como lluvia y nos empapa, y hace germinar en nosotros los deseos de ser como Jesús, de intentar cada día ser guiados por la voz de su Palabra. Si le oímos, si le escuchamos, seremos como ese huerto regado que da frutos de vida y de amor.

Miércoles, 25 de septiembre de 2019

“A ti te he dado legua de discípulo, ve y anuncia mi Reino”

Esd 9,5-9 En nuestra esclavitud Dios no nos ha abandonado.

Sal Tob 13,1b-5.10 Que el Señor muestre en ti su amor.

Lc 9,1-6 Recorrían los pueblos anunciando la Buena Nueva.

Muchos son los que dicen que no hay salvación para esta humanidad, que estamos pervertidos, llenos de egoísmo y corrupción. Sin embargo, basta escuchar la Palabra, para darnos cuenta de que Dios está siempre pendiente del hombre y no nos abandona a nuestra necesidad. Siempre hay esperanza para quienes creen en Él, siempre hay salvación para los que le buscan con sincero corazón y con humildad.

Dios nos mira con expectación... Somos nosotros, los cristianos, los que tenemos que mostrar al mundo que es posible una humanidad más fraterna, más solidaria, más compasiva. No demos la espalda a tanto necesitado, a tanto emigrante, a tantos como lo están pasando mal. Dios nos envía a curar, a sanar el mal que hay en el mundo, a cambiar la oscuridad por luz.

Ayer fueron los discípulos los encargados de anunciar la Buena Nueva del Reino de Dios... Hoy somos nosotros, los que escuchamos la Palabra, los que creemos en un Dios de vida y de amor, los encargados de continuar esa misión.

Son tiempos de fe, de comprender lo que Dios nos propone y darlo a conocer. Es el mismo Dios el que nos da la autoridad, el poder, el deseo de comunicar lo que en secreto nos va diciendo y enseñando.

No tengamos miedo, su Palabra avala nuestras palabras, su amor nos arropa, nos alienta y nos da fuerza para darlo a conocer, cuando todo se pone en contra. Nos necesita, somos su boca, sus manos, sus pies, su corazón. Aprendamos de Jesús, seamos mansos y humildes como Él lo fue.

Jueves, 26 de septiembre de 2019

“Dios se siente honrado de nuestra respuesta de fe”

Ag 1,1-8 Reedificad la casa y yo la aceptaré gustoso.

Sal 149,1-9 Dios en su pueblo se complace.

Lc 9,7-9 ¿Quién es éste de quien oigo tales cosas?

Herodes buscaba ver a Jesús, por las muchas cosas que oía de Él. Aun los que no creen, cuando oyen hablar de Jesús, de su vida, de sus actitudes, de sus gestos, de su fuerza y poder, no pueden dejar de decir: ¿Quién es éste?... ¿Quién fue, para que la historia se comenzase a contar a partir de Él?... ¿Por qué tantos dan la vida por seguirle y por qué otros muchos lo desacreditan y aún lo persiguen?

Vivir en sintonía con Dios, lleva, a quién así lo vive, a ir contracorriente; porque los valores del mundo ya no son sus valores, porque aspira a vivir los valores del Reino.

Dios nos llama e invita a que reconstruyamos y renovemos nuestra vida, nuestro interior, y lo hagamos en una relación más íntima con Él, para que, de esa experiencia de Dios, surja la confianza, la certeza de que su amor hace nuevas todas las cosas, de que nos cambia el pensar, el sentir, el actuar, en definitiva, el vivir.

Hoy muchos quieren saber de Jesús por curiosidad, otros por necesidad, otros para seguirle y poner los ojos fijos en Él, para vivir como Él: Curando, amando y haciendo el bien.

Cuando el hombre se aleja de Dios, ¿qué sentido puede encontrar su vivir?... Nos quedamos en el comer y beber, que mañana moriremos... Pero cuando el hombre se encuentra con el amor de Dios, con ese Jesús hecho Palabra viva, ya no puede dejar de hablar de lo que siente, de lo que ha experimentado en su corazón.

Somos su pueblo y Dios se complace en nosotros. Seamos fieles a su Palabra, busquemos siempre tener momentos de intimidad con Él, escuchémosle y seamos instrumentos de su amor.

Viernes, 27 de septiembre de 2019

“¡Escucha a tu Dios y deja que colme tu corazón de alegría!”

Ag 2,1-9 En medio de vosotros se mantiene mi Espíritu.

Sal 42,1-4 Envía tu luz y tu verdad, ellas me guíen.

Lc 9,18-22 ¿Quién decís que soy yo?

Dios mira con ternura al hombre y ve la falta de amor en que vive porque nuestra relación con Él está deteriorada, desolada, y que vagamos sin rumbo, sin meta clara hacia dónde ir. Nos mira y siente compasión de nosotros. Pero Él mantiene firme su alianza, su Espíritu se mantiene fiel a nuestro lado, ¡porque nos ama!; nos ama hasta la locura de entregar a su Hijo por nuestro rescate.

Ante tanto derroche de amor, ¿qué decimos nosotros de Dios?, ¿quién es?, ¿qué significa para nuestras vidas?, ¿es acaso un Dios desconocido o lejano, que no nos dice nada, o bien somos de los olvidadizos? que no podemos decir lo que Pedro: Tú eres el Cristo Dios, el Enviado de Dios, que nos lo da a conocer.

A nosotros se nos ha llamado a escuchar su Palabra, a conocer a Dios, que nos invita a ser la luz que ilumine y guíe a otros a encontrarse con Él. ¿Qué hacemos...? ¿En qué invertimos nuestras vidas...? ¿Somos conscientes de nuestra responsabilidad como cristianos, o simplemente nos limitamos a ir a Misa y poca cosa más?

¡Poneos a la obra, que Yo estoy con vosotros! ¡Edifiquemos todos juntos la Casa de Dios!... Construyamos puentes de vida y de amor, que muchos puedan recorrer, y acercarse así a Dios.

Tenemos un gran tesoro en nuestras manos. No importa que seamos pobres y limitados. Pongamos lo que somos en manos de Dios, para que Él nos bendiga, y multiplique nuestra pobreza en riqueza para muchos.

Que pongamos en sus manos nuestro ser, que, en definitiva, es lo que Él nos da.

Martes, 24 de septiembre de 2019

“Si quieres ser familiar de Dios, escucha su Palabra y cree”

Esd 6,7-8.12b.14-20 Terminaron la Casa según la orden de Dios.

Sal 121,1-5 Jerusalén, ciudad de compacta armonía.

Lc 8,19-21 Mi madre y mis hermanos oyen la Palabra.

El hombre es quien comienza las obras, pero es Dios quien las lleva siempre a su término. El pueblo de Israel nada podría haber hecho, si no se hubiera fiado del poder y la fuerza de Dios. Confían y, al hacerlo, Dios puede hacer nuevas todas las cosas.

Nuestro ser es la Casa de Dios y, como tal, quiere que esté construida con perfecta armonía: Armonía de paz, de amor, de verdad, de ternura, de bondad. Quien así vive, está en Dios y Dios en él, para colmarle de gozo y de alegría.

Jesús nos desvela hoy la identidad de la familia de Dios: Hermanos en el amor, hermanos en la escucha, hermanos en la obediencia a la Palabra. El amor de Dios supera los lazos humanos, por eso quien anuncia la Palabra es porque el amor de Dios ha llegado a su corazón y expresa lo que vive.

Su madre y sus hermanos ya son familia humana, pero les hace ver que la Palabra de Dios unifica a los creyentes, supera lo humano, porque nos unifica a Dios.

Jesús sabe lo vital que es para el hombre escuchar a Dios para saber su voluntad. Por eso es necesaria la Palabra para el hombre, porque necesitamos conocer a Dios. Por eso, Jesús coloca en primer lugar la predicación de la Palabra, para que, escuchándola, se convierta y se salve.

Pero, ¿cómo lo invocarán, si no lo conocen? Y ¿cómo pueden creer en él, si nadie se lo predica? Y ¿cómo van a predicar, si no son enviados, no disfrutan de ser amados? La fe viene de la predicación y la predicación por la Palabra de Cristo (Rm 10,14-17).

Domingo, 29 de septiembre de 2019 **26º del Tiempo Ordinario**

“¡Qué la Palabra transforme nuestro corazón y nuestra mente!”

Am 6,1a . 4-7 ¡Ay de aquéllos que no se afligen por José!

Sal 145,7-10 El Señor hace justicia a los oprimidos.

1Tm 6,11-16 Tú, hombre de Dios, huye de estas cosas.

Lc 16,19-31 El pobre deseaba hartarse de la mesa del rico.

Hoy, que tantas veces se pone en valor la vida del pobre, del inmigrante; la Palabra nos invita a ser personas comprensivas que lleven a cabo el amor de Dios. Con sus mismos sentimientos y pensamientos, capaces de acoger en nuestro corazón al diferente, al pobre, al oprimido con ternura, comprensión y ofreciendo esperanza.

Dios misericordioso al atardecer de nuestras vidas nos juzgará con amor, por eso somos responsables del amor que hayamos acogido, amor que hemos dejado que nos afecte. El amor o se vive o no es amor. Por tanto, el que no quiere, el que no se deja amar, se quedará fuera del amor. La fe nos habla del amor, porque es la confianza que ponemos en el amor de Dios.

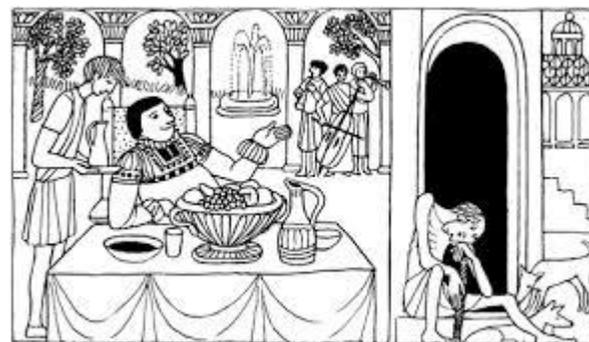
Dice Pablo: **Combatamos el buen combate de la fe...** Seamos conscientes de que nuestra fe se medirá por las obras de misericordia que hayamos realizado, por el amor que seamos capaces de dar a los que Dios pone a nuestro lado. ¡Hay tanto hambriento de pan!... ¡Tanto hambriento de Dios!... que no podemos pasarnos la vida mirándonos nuestro ombligo, sin implicarnos en la vida de los que tan mal lo están pasando. Dios, siempre tiene compasión de su pueblo, ve la opresión a la que estamos sometidos, y si le dejamos nos libera.

Nos ha dado abundantemente su gracia, para que podamos compartir nuestro pan con el que nada tiene. Pan de Vida, pan de hambre, pan de fe y esperanza.

No endurezcamos nuestro corazón... Dejemos que Dios transforme nuestro corazón de piedra en un corazón de carne.

Pautas de oración

Todos somos hermanos e hijos de Dios.



Y nuestra vida vale si amamos.

DIOCESIS DE ALCALA DE HENARES